

25 de abril: san Marcos, evangelista

Comentario al Evangelio de la fiesta de san Marcos evangelista. “Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda criatura”. Las personas nos necesitan. Necesitan de nuestra alegría para que, a través de ella, descubran a Jesús en sus vidas.

Evangelio (Mc 16, 15-20)

Y les dijo:

—Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda criatura. El que crea y sea bautizado se salvará; pero el

que no crea se condenará. A los que crean acompañarán estos milagros: en mi nombre expulsarán demonios, hablarán lenguas nuevas, agarrarán serpientes con las manos y, si bebieran algún veneno, no les dañará; impondrán las manos sobre los enfermos y quedarán curados.

El Señor, Jesús, después de hablarles, se elevó al cielo y está sentado a la derecha de Dios.

Y ellos, partiendo de allí, predicaron por todas partes, y el Señor cooperaba y confirmaba la palabra con los milagros que la acompañaban.

Comentario al Evangelio

Hoy la Iglesia celebra a San Marcos, uno de los cuatro evangelistas, muy

cercano al apóstol Pedro. El Evangelio de Marcos fue el primero en ser escrito. Con un estilo sencillo y muy cercano nos narra la vida del Señor. Según la Tradición, San Marcos fundó y fue el primer obispo de la Iglesia de Alejandría. Allí dejó una huella indeleble de su amor por Cristo.

En el evangelio de hoy Jesús se para, reúne a los discípulos en torno a él y les da un último mandato: “Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda criatura”. Les mira y elevándose se despide bendiciéndoles.

El mandato de predicar el Evangelio, es considerado por los discípulos como un gran don de Dios. Un don que quiere transmitir a los demás. “La fe siempre te lleva a salir de ti mismo. Salir. La transmisión de la fe; la fe debe ser transmitida, debe ser ofrecida, especialmente con el

testimonio: “Id, que la gente vea cómo vivís” (cf. v. 15)”¹.

Los discípulos, llenos de alegría, vuelven a la ciudad santa y desde allí comienzan a predicar la buena nueva por todo el mundo. Jesucristo es su amigo íntimo, porque saben que Él está con ellos, que Él es fiel a sus promesas. Han aprendido a fiarse de Él. No ponen su confianza en ellos, ni en sus fuerzas, ni en sus capacidades.

La Ascensión del Señor no es un “adiós”, un “hasta luego”, sino, paradójicamente, un “me quedo”. Ellos se fían de la promesa hecha por Jesucristo: “Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20). No dudan de su presencia en ellos y, de modo central, en la Eucaristía.

Una alegría que se traduce en un abrirse en abanico para llevar ese Amor hasta el último rincón del

mundo. Los discípulos del Señor eran hombres y mujeres a los que Dios confió todos los hombres. Y esa tarea les colmó de una alegría aún mayor. Reflejaban en su rostro la gloria del Señor: el brillo de su rostro enamorado.

San Marcos no solo trasmite esa fe, sino que la hace vida suya, es mediante su ejemplo y su vida como se transmite como el fuego.

“La fe es hacer ver la revelación, para que el Espíritu Santo pueda actuar en la gente mediante el testimonio: como testigo, con el servicio. El servicio es un modo de vivir: si digo que soy cristiano y vivo como un pagano, ¡no vale! Esto no convence a nadie. Si digo que soy cristiano y vivo como tal, eso atrae. Es el testimonio”².

También nos ha elegido y nos ha confiado a todos los hombres: a nuestros padres, hermanos,

familiares, amigos, compañeros de trabajo, la humanidad entera.

El apostolado es una consecuencia lógica de la alegría de estar con Jesús. Como enseña san Josemaría, “el apostolado es amor de Dios, que se desborda, dándose a los demás. La vida interior supone crecimiento en la unión con Cristo, por el Pan y la Palabra. Y el afán de apostolado es la manifestación exacta, adecuada, necesaria, de la vida interior. Cuando se paladea el amor de Dios se siente el peso de las almas”³.

Las personas nos necesitan. Necesitan de nuestra alegría para que, a través de ella, descubran a Jesús en sus vidas. En nuestro quehacer cotidiano, en nuestras miradas limpias, en nuestras conversaciones llenas de comprensión, en nuestros afanes por servir, comprender, animar y perdonar, Jesucristo resucitado se

hace presente llenándolo todo de su alegría. Este mundo, no tan distinto del mundo de los hombres y mujeres que acompañaron al Señor, necesita de cristianos que lleven en su rostro ese brillo de un Dios enamorado.

[1] Papa Francisco. Homilía 25-IV-2020

[2] Íbid.

[3] San Josemaría, “La Ascensión del Señor a los cielos”, Es Cristo que pasa, n. 122a.

Luis Cruz
